

EL SACERDOTE DEL III MILENIO

*Fernando Rodríguez Trives**

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v45i151.1151>

1.- TRIPLE MARCO REFERENCIAL

En esta conversacion que vamos a compartir, mi aportación parte de un presupuesto, la eclesiología; de un contexto, la pos-modernidad; y de un proyecto pastoral, la Nueva Evangelización. Este triple marco referencial creo que puede ayudar a barruntar y fundamentar el perfil del sacerdote del tercer milenio que pretendo dibujar.

1.1. Un presupuesto: la eclesiología

Si *Christifideles laici define* a la Iglesia como misterio (cf. ChL 7-17), comunión (cfr. ChL 18-31) y misión (cfr. ChL 32-44), y *Pastores dabo vobis* afirma que “es en el misterio de la iglesia donde se manifiesta la identidad específica del sacerdote” (PDV 12) se ha de concluir que el ser y el quehacer del sacerdote también hemos de buscarlo en estas mismas categorías teológicas. El sacerdote se presenta como el hombre del misterio, de la comunión y de la misión.

Utilizo la palabra misterio dándole un contenido paulino: es la obra de salvación que Dios va llevando a cabo y se desvela en su misma realización (cfr. Ef 1,9). En este sentido, el sacerdote es *el hombre del misterio* porque ha sido llamado y consagrado. La vocación es un misterio (cfr. PDV 34) de amor gratuito (cfr. PDV 25); “es la historia de un inefable diálogo entre Dios y el hombre, entre el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde a Dios en el amor” (PDV 36). La llamada, por tanto, define el ser del sacerdote: es el hombre llamado. Por esta vocación, al igual que la Iglesia (cfr. PDV 35), el sacerdote se configura como “misterio de vocación”. La

*Fernando Rodríguez Trives es rector del Seminario de Orihuela-Alicante.

consagración operada por el Espíritu realiza sacramentalmente este misterio de vocación, por ella, el sacerdote se configura con Cristo y está llamado a “imitar y revivir su misma caridad pastoral” (PDV 21).

La misión no es algo extrínseco o yuxtapuesto a la consagración: la consagración es para la misión (cfr. PDV 24). El sacerdote es el *hombre de la misión*. Así como la consagración de Cristo fue llevada a cabo por el Espíritu en función de la misión, así también la consagración del sacerdote no se entiende si no es en relación con la misión. El sacerdote en la misión vive y actualiza su consagración. Esta misión es constitutiva de su ser y quehacer ministerial porque, como la Iglesia, el sacerdote también “existe para evangelizar” (EN 14). “Los presbíteros existen y actúan para el anuncio del Evangelio al mundo y para la edificación de la Iglesia personificando a Cristo Cabeza y Pastor” (PDV 15).

En virtud de su consagración y misión es *el hombre de la comunión*. Es decir, “en su comunidad es como un signo sacramental de la unidad en la fe y en el amor, testigo de la herencia apostólica por su conexión con el obispo y signo de la comunión de los fieles”¹. Está al servicio de la unidad en la fe y de la comunión en la Iglesia. Este servicio de comunión no es una tarea hacia el interior de la Iglesia, sino que posibilita y hace eficaz la misión. Así lo dice *Christifideles laici*, “la comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión” (ChL 32).

1.2. Un contexto: pos-modernidad

El segundo marco referencial para dibujar el perfil del sacerdote del tercer milenio, está ligado a los procesos culturales y a las repercusiones que éstos tienen en la vida del sacerdote.

En apretada síntesis, el contexto filosófico y sociológico actual se describe como el final de la modernidad: se habla de un mundo pos-moderno. La racionalidad científico-técnica ha asumido la función legitimadora de la realidad y ha acelerado un proceso que ha ido relegando lo religioso al ámbito de lo privado y marginal. Este proceso, que no es nuevo, pasa por tres momentos: el cambio de los modelos sagrados para explicar la realidad (desacralización), la autonomía de la ciencia y de la técnica y la incidencia, cada vez menor, de lo religioso en la sociedad (secularización), junto con la mayor preeminencia de lo civil y laico (laicización). Cuando este proceso

¹CEC, *Sacerdotes para evangelizar*, 71.

implica rechazo de toda experiencia religiosa y de toda presencia de Dios, se habla de secularismo. Por secularismo se entiende aquí la visión autónoma del hombre y del mundo que prescinde, margina o niega la dimensión trascendente y teológica de la realidad.

Este contexto, tan sólo insinuado, se refiere directamente a mi ámbito cultural. La realidad es mucho más poliédrica y plural. No obstante, independientemente de otras concreciones, el tomar conciencia del momento histórico y de sus procesos culturales es condición imprescindible para balizar el camino por donde el sacerdote ha de conducirse en el futuro si quiere ser fiel a su misión.

1.3. Un proyecto pastoral: la Nueva Evangelización

El proyecto pastoral de la Nueva Evangelización significa, implícitamente, reconocer el final de un ciclo histórico marcado por la implantación y el desarrollo de la fe cristiana en un determinado contexto cultural. Evangelizar de nuevo supone promover cristianos que tengan la valentía de profesar, practicar y anunciar la fe en este nuevo mundo cultural en el que estamos inmersos. “Se trata de poner el fundamento de un mundo nuevo en el que el hombre descubra la posibilidad y el gozo de alabar a Dios desde sus condiciones reales de hombre moderno, que se vea hijo e imagen de Dios en su conocimiento científico del mundo, en la responsabilidad de su propia vida y de su historia, en el disfrute racional y fraterno de los bienes de la tierra”².

La Nueva Evangelización, por tanto, requiere sacerdotes dispuestos y capacitados para trabajar pastoralmente de manera diferente. Sacerdotes impulsados por el Espíritu y suficientemente creativos para anunciar la Buena Noticia y desbrozar, con el testimonio de sus vidas, caminos de nuevas síntesis entre la fe y la cultura.

“Hoy, en particular, la tarea prioritaria de la nueva Evangelización, [...], exige sacerdotes radical e íntegramente inmersos en el misterio de Cristo y capaces de realizar un nuevo estilo de vida pastoral, marcado por la profunda comunión con el Papa, con los Obispos y entre sí, y por una colaboración fecunda con los fieles laicos, en el respeto y promoción de los diversos cometidos, carismas y ministerios dentro de la comunidad eclesial” (PDV 18, cfr. 10, 82, 51, 54).

²FERNANDO SEBASTIÁN, *Sacerdotes nuevos para la Nueva Evangelización* en CEC, *Sacerdotes para la nueva Evangelización*, Madrid 1990, 20.

II.- SEIS PALABRAS SOBRE EL SACERDOTE DEL III MILENIO

Fundado en este presupuesto eclesiológico, teniendo como contexto el nuevo marco cultural y como proyecto pastoral la Nueva Evangelización, quiero pronunciar seis palabras que dibujen el perfil del sacerdote del III milenio: testigo, misionero, pastor, hermano, servidor y misericordioso.

2.1. Primera palabra: testigo

El sacerdote es fundamentalmente testigo. Esta palabra no es nueva, pero adquiere particular significación en el momento presente porque subraya en el sacerdote la necesidad de afirmar la experiencia cristiana fundante: el acontecimiento pascual. Somos testigos de Cristo resucitado.

Por tres razones creo que el sacerdote del tercer milenio ha de testificar con radicalidad a Cristo resucitado y ha de afirmar que Jesús es el Señor. En primer lugar, porque la afirmación pascual significa que el sacerdote está decidido a contemplar y vivir la realidad no desde sus propias posibilidades, sino a partir de las posibilidades de Dios. En segundo lugar, porque el sacerdote siendo testigo de Cristo resucitado esta afirmando que la resurrección es el fin de la muerte, es decir, que la muerte no es la última palabra pronunciada sobre la vida. La muerte que representa el final, el fracaso de un proyecto, es al mismo tiempo hazaña de Dios y por ello, nuevo comienzo y razón de la esperanza. Y, en tercer lugar, porque la resurrección de Cristo es realidad anticipada de aquello que espera toda creación (cfr. Rom 8,19ss).

Por estas razones, la confesión pascual que realiza el sacerdote significa, de hecho, una crítica directa a toda imagen del mundo y del hombre cerrada y centrada en sí mismo, que se absolutiza sin dejar espacio a las posibilidades de Dios y es también anuncio de un futuro que ya es realidad pero que todavía no ha llegado a su consumación.

2.2. Segunda palabra: misionero

El testigo es misionero. Jesús se siente enviado por el Padre para anunciar la llegada del reino de dios y “para proclamar, sobre todo a los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuesta por Dios” (EN 6). Este mismo encargo transmite Jesús a los suyos. El sacerdote, transparencia de Cristo resucitado (cfr. PDV 15), es un enviado que ha sido seducido por Cristo y por el Reino. Esta seducción le hace exclamar con Pablo, “porque si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí, si no evangelizara!” (1 Cor 9, 16). “Existen y actúan para el anuncio del Evangelio

y para la edificación de la Iglesia, personificando a Cristo Cabeza y Pastor y en su nombre” (PDV 15).

Destaco a continuación algunas actitudes que han de estar presentes en el sacerdote-misionero del tercer milenio. Es un sacerdote a quien puede más la pasión por evangelizar que sus limitaciones y temores. Se sabe enviado, por ello, no remite a sí mismo, ni retiene a los oyentes para sí, sino que los orienta hacia el Padre y los confronta con el Reino. Impulsado por la fuerza del espíritu se dirige a aquellos grupos y personas pobres y alejadas que no han oído el anuncio del Evangelio, porque en ellos se acredita más explícitamente la realidad del Reino que anuncia. Proclama íntegro el mensaje y sus oyentes perciben la originalidad del Evangelio que él testimonia. Experimenta que le va la vida en el Evangelio y le importa, en el fondo, más el Evangelio que su propia vida. Da gratis lo que ha recibido gratis (cfr. Mt 10,7) porque tiene experiencia de la gratuidad amorosa del Padre. Se entrega incondicional y definitivamente al Evangelio, empeña de por vida su vida entera. No se absolutiza con la tarea; él no inicia ni consume la obra evangelizadora, la responsabilidad última es del Señor y en sus manos deja sus azares y sudores. Convoca y genera comunidad en torno a la Mesa y la Palabra, y la preside en el nombre del Señor.

En definitiva, el sacerdote del tercer milenio, sale a los caminos llevando en su mochila el envío y la confianza en Aquel que le envía. Al igual que la Iglesia, su vida tiene pleno sentido “cuando se convierte en testimonio, provoca la admiración y la conversión, se hace predicación y anuncio de la Buena Noticia” (EN 15).

2.3. Tercera palabra: pastor

El sacerdote, como sabemos, por la ordenación se configura con Cristo Pastor. La caridad pastoral “es don gratuito del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, deber y llamada a la respuesta libre y responsable del presbítero. El contenido esencial de la caridad pastoral es la donación de sí, la total donación de sí a la Iglesia, compartiendo el don de Cristo y a su imagen” (PDV 23).

La caridad pastoral, por ser deber y llamada, denuncia el ejercicio, en ocasiones, mediocre de nuestro ministerio y nos anuncia cómo debemos imitar, revivir y comunicar la caridad pastoral de Cristo.

Denuncia las deficiencias que ensombrecen el ejercicio de nuestro ministerio porque nos pregunta ¿en qué medida nosotros estamos participando existencialmente de las carencias sociales causas del desaliento, vacío o frustración que a veces experimentamos en el ministerio? Nos denuncia cuando pretendemos organizar el ministerio a nuestro propio interés y medida y no orga-

nizamos nuestra propia vida a la medida del ejercicio del ministerio. Desde la caridad pastoral, el Señor también hoy, como hizo en otro tiempo por medio del profeta Ezquiel, nos puede acusar de apacentamos a nosotros mismos olvidándonos de las ovejas (cfr. Ez 34, 1-31).

La caridad pastoral, también es llamada y, por ella, nos anuncia el camino que hemos de recorrer en el futuro si queremos configurarnos plenamente con Cristo, Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia. Si queremos imitar y revivir la caridad pastoral de Cristo hemos de amar con un amor primario y total a la comunidad a la cual servimos. Tiene que ser un amor que tenga como cualidades la ternura y la fidelidad. Las señales o frutos de este *amoris officium* están recogidas en PO 13: dar la vida por las ovejas, “consolar a los que viven en aperturas”, deseo de renovar y mejorar el servicio pastoral, apertura a la Iglesia universal, trabajo pastoral en comunión con obispo, presbítero y laicos³.

2.4. Cuarta palabra: hermano

El sacerdote participa y ejerce la misión de Cristo desde la fraternidad. El sacerdote es un hermano entre hermanos (cfr. PO 9a) unido a todos los miembros del Pueblo de Dios. La fraternidad nos debe orientar a intensificar en el futuro la comunión con el obispo, el presbítero y los seglares, y también, a descubrir nuestra propia identidad en la relacionalidad porque el ministerio ordenado “tiene una radical forma comunitaria y puede ser ejercido sólo como una tarea colectiva” (PDV 17).

La abundancia de vocabulario que se utiliza para indicar la relación del sacerdote con su obispo “expresa la misteriosa multiformidad de la relación obispo-sacerdote, que se puede sintetizar en el trinomio: paternidad-filiación-fraternidad, o también en comunión de espíritu y vínculo de unidad y caridad”⁴.

Con los otros presbíteros, el sacerdote es co-presbítero y co-misionado en la única tarea que todos comparten con el Obispo. Esta co-responsabilidad ministerial exige, por una parte, una apertura mental y vital hacia los hermanos y, por otra, una participación activa en el Proyecto Pastoral de la Diócesis porque ya hoy, pero todavía más en el futuro, ningún sacerdote podrá realizar plenamente su misión si no es “uniendo sus fuerzas con otros presbíteros, bajo la dirección de quienes están al frente de la Iglesia” (PO 7c).

Esta co-responsabilidad es también el espacio en donde el sacerdote vive la fraternidad con los laicos. En este sentido, el Vaticano II nos sigue

³Cfr. CEC, *Espiritualidad Sacerdotal y Ministerio*, Documento de trabajo, págs. 63-66.

⁴A. FAVALE, *El Ministerio presbiteral. Aspectos doctrinales, pastorales y espirituales*, Madrid 1989,260.

recordando lo que es una tarea no suficientemente realizada y un reto para el futuro: reconocer y promover la dignidad de los laicos y “la parte propia que a éstos corresponde en la misión de la Iglesia” (PO 9a).

2.5. Quinta palabra: servidor

Llegados a este punto, resuenan con toda claridad las palabras de Cristo, “el que quiera ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será el esclavo de todos. Pues el Hijo del Hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir y dar la vida en rescate por todos”(Mc 10,41-45).

Servir en la figura del siervo para que resplandezca la gratuidad del amor del Padre al hombre. El sacerdote incorporado al destino de Jesús camina por la senda de la servidumbre de amor hasta dar la vida por los hermanos y, así, está *en* la Iglesia y *al frente* de la Iglesia “como el que sirve” (Lc 22,27). Es servidor. Siervo del Siervo Jesús. El servicio que realiza el sacerdote brota del amor de Cristo y consiste en ese mismo amor.

El sacerdote del tercer milenio si quiere servir *en* la Iglesia tendrá que salir a los campos, a las calles, a las fábricas a convocar a los hermanos por medio del anuncio de la Palabra. Si quiere servir en la Iglesia congregará y sentará alrededor de la mesa a los hermanos y con ellos partirá el Pan. Si quiere servir en la Iglesia conducirá de nuevo a los hermanos a los caminos del mundo para que instauren el Reino del Padre.

En la Palabra pronunciada, en el Pan partido y en el camino recorrido tendrá que entregar su vida si quiere servir en la Iglesia y, de esta manera, transparentará en su cuerpo la fuerza de la gracia del Resucitado que se desborda a los hermanos y al mundo.

Estará *al frente* de la Iglesia como el que sirve cuando entienda que su autoridad “se debe sostener, únicamente, en el envío apostólico, en la caridad pastoral, y en la recepción de los fieles que le reciben como al Señor cuando él se presenta con sus signos y con su Palabra. Autoridad de representante, no autoridad original; autoridad de moderación, no de creación; autoridad sobre hijos, no sobre esclavos”⁵.

2.6. Sexta palabra: misericordioso

Nos acercamos al tercer milenio *con* una humanidad necesitada, hambrienta, rota por las divisiones y enfrentamientos, *sufriente por el dolor y la*

⁵L. TRUJILLO, *Relaciones propias del presbítero y su espiritualidad*, en *Actas del Congreso sobre espiritualidad sacerdotal*, Madrid 1989, 148.

guerra, explotada por las injusticias, encarcelada por la ausencia de libertad, contradictoria por sus conquistas y lacras. Una humanidad donde el clamor de los pobres llega hasta los oídos de Dios Padre (cfr. Ex 3,7). Esta realidad no nos puede dejar indiferentes ni en el presente ni en el futuro.

Los pobres ocupan en la vida y misión de Jesús un lugar preferente. El ha sido enviado a anunciar la Buena Noticia a los pobres (cfr. Lc 4,18). El sacerdote del tercer milenio, si quiere ser fiel al Señor y tener sus mismas entrañas de misericordia, será un hombre de corazón pobre (misericordioso) que optará preferentemente por los pobres y dejará que éstos se conviertan en compañeros de camino. Sólo así, anunciará al Dios rico en misericordia que Jesús nos ha revelado como Padre (cfr. DM I a).

La pobreza nos aproxima a la injusticia, a la marginación, a la explotación del hombre por el hombre, en suma, a la realidad de pecado que Cristo con su Encarnación vino a redimir. La pobreza nos ayuda a vivir el sentido providencial del hijo que se reconoce querido por el Padre y lo invoca como Abba; nos hace testigos de un Dios que es rico en misericordia que mira la humillación de sus hijos, que derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes.

“Los pobres son sacramento de Cristo” (IP 9, cfr. Mt 25, 40ss). Para el sacerdote, la opción preferencial por los pobres no es fruto de un snobismo o exigencia de una estrategia pastoral, sino una opción que hunde sus raíces en su mismo ser y quehacer sacerdotal. Los sacerdotes, afirma Pastores *dabo vobis*, “deben considerar a los pobres y a los más débiles como confiados a ellos de un modo especial” (PDV 30).

Los pobres, para el sacerdote del tercer milenio, son una llamada constante a la conversión. El sacerdote de corazón pobre, viviendo con los pobres, corriendo su misma suerte, desestabiliza los criterios y valores de la cultura actual; su presencia pobre, interroga, cuestiona, convoca, es, por tanto, posibilidad evangelizadora y oportunidad de vivir la gratuidad. Los pobres “son, [como dicen los obispos españoles], un lugar teológico donde nos espera Cristo para darnos todo aquello que necesitamos para ser verdaderamente su Iglesia, la Iglesia santa de los pobres y para los pobres. De aquí la necesidad de conocer, vivir y compartir el mundo de los pobres” (IP 28).

En ocasiones hemos sufrido la tentación de pretender ocupar espacios centrales en la sociedad para mejor influir en ella y realizar nuestra misión con una mayor efectividad. Nos olvidamos que una Iglesia pobre es gracia para este mundo. A la Iglesia, marginada por la cultura emergente actual, viviendo en la periferia y a la intemperie, se le ofrece la oportunidad de ser para esta sociedad, que la relega, anuncio y realidad de una nueva civilización, la civilización del amor.

III.- EL RADICALISMO EVANGÉLICO: CRITERIO DE DISCERNIMIENTO EN EL PROCESO VOCACIONAL

Después de escribir estas seis palabras que, a mi juicio, dibujan el contorno del sacerdote del tercer milenio, me pregunté ¿qué acentos hemos de poner en los Proyectos Educativos de nuestros Seminarios para acompañar a los sacerdotes del mañana en su proceso formativo? La contestación la encuentro en el radicalismo evangélico.

“El radicalismo evangélico es una exigencia fundamental e irrenunciable, que brota de la llamada de Cristo a seguirlo e imitarlo, en virtud de la íntima comunión de vida. Con él, realizada por el Espíritu” (PDV 27), por ello, aplicado a nuestros proyectos formativos nos ofrece criterios de discernimiento de los procesos vocacionales de nuestros seminaristas.

Los consejos evangélicos que Jesús propone en el Sermón de la Montaña, “el sacerdote está llamado a vivirlos según el estilo, es más, según las finalidades y el significado original que nacen de la identidad propia del presbítero y la expresan” (PDV 27). “La naturaleza específica del carisma ministerial hace que todos los dones bautismales sean, por un lado, relativizados al ministerio, y por otro, reconvertidos en gracias ministeriales al servicio de la misión”⁶.

3.1. Pobreza

La pobreza “asegura al sacerdote su disponibilidad a ser enviado allí donde su trabajo sea más útil y urgente” (PDV 30); ofrece “el testimonio de una total transparencia en la administración de los bienes de la misma comunidad” (PDV 30); custodia y alimenta la libertad interior y prepara al sacerdote para estar al lado de los débiles y “para hacerse solidario con sus esfuerzos por una sociedad más justa” (PDV 30).

Por tanto, según *Pastores dabo vobis*, la pobreza evangélica nos ofrece como criterios discernimiento vocacional: la disponibilidad, la transparencia, la libertad y la solidaridad. La pobreza nos ayuda a acompañar la historia vocacional de un seminarista disponible, siempre dispuesto a servir; transparente, sin intereses y proyectos ocultos; capaz de compartir lo que tiene, lo que quiere y lo que es; libre, que vive su libertad con responsabilidad e interioriza y personaliza el Proyecto Educativo del Seminario; sensible y solidario con los débiles; austero y sencillo.

⁶L. TRUJILLO, *o.c.*, 155.

3.2. Virginidad y celibato

El celibato sacerdotal “es un don de sí mismo *en y con* Cristo a su Iglesia y expresa el servicio del sacerdote a la Iglesia *en y con* el Señor”(PDV 29). En él, “la castidad mantiene su significado original, a saber, el de una sexualidad humana vivida como auténtica manifestación y precioso servicio al amor de comunión y de donación interpersonal” (PDV 29). Por ello, ha de ser acogido y vivido “como estímulo de la caridad pastoral, como participación singular en la paternidad de Dios y en la fecundidad de la Iglesia, como testimonio ante el mundo del Reino escatológico” (PDV 29).

Desde estos planteamientos, los criterios de discernimiento son la oblatividad y la exclusividad. Estos criterios nos invitan a recorrer junto con nuestros seminaristas la senda del propio conocimiento; de la aceptación personal; de la total donación de sí mismos sin esperar nada a cambio; de la coherencia y fidelidad a una vocación y a un proyecto de vida; de una sexualidad integrada y madura; de una capacidad de amar y de relacionarse con los otros; de un amor creativo capaz de imaginar el futuro.

3.3. Obediencia

Finalmente, “la obediencia en el Espíritu es el sentimiento de filiación puesto en el centro de la libertad.[...] El presbítero no promete obediencia para plenificar su identidad bautismal, sino que recibe la obediencia al ser co-ordenado, el ser referido a otros para una misión solidaria.

El presbítero nace a la vida presbiteral atado sacramentalmente al obispo y, en él, al Presbítero”⁷.

Es, por tanto, “una obediencia apostólica que reconoce ama y sirve a la Iglesia en su estructura jerárquica” (PDV 28), y una exigencia comunitaria “que nace de su pertenencia al único presbítero y que siempre dentro de él y con él aporta orientaciones y toma decisiones corresponsables” (PDV 28). Tiene un carácter de pastoralidad, “es decir, se vive en un clima de constante disponibilidad a dejarse absorber, y casi devorar, por las necesidades y exigencias de la grey” (PDV 28).

La obediencia, por tanto, nos ofrece como criterios la eclesialidad y la pastoralidad. La obediencia introduce al joven seminarista en la fraternidad y en el proyecto eclesial. En ella, se reconoce en el amor y servicio a la Iglesia; descubre la comunidad como único espacio para ser fiel a la misión; es corresponsable; respeta los valores y carismas de los otros; se enseña a ejercer la autoridad desde el servicio; aprende a hacer la voluntad de Dios Padre;

⁷Ibid., 157.

sustituye el yo por el nosotros; unifica su vida; y es capaz de entregar su vida por la comunidad a la cual sirve.

Concluyo. El sacerdote del tercer milenio tiene un único camino que recorrer: el hombre. “Este hombre, [nos dice Juan Pablo II] es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo” (RH 14).

Para hacer suyo el camino del hombre, el sacerdote tiene que ser testigo de Cristo-vivo; misionero que sale al encuentro del hombre para anunciarle la Buena Noticia del Evangelio; pastor que entrega la vida por el hombre; hermano del hombre; servidor que convoca a los hombres y parte con ellos el Pan; misericordioso que conoce, vive y comparte la vida del hombre pobre.

